

El fraude de los libros plúmbeos y de las reliquias del patrón de Granada

Eustoquio Molina

Departamento de Ciencias de la Tierra, Universidad de Zaragoza.

La abadía del Sacromonte de Granada fue fundada en 1609, sobre una de las mayores falsificaciones religiosas de la historia, aprovechando el fervor popular del descubrimiento de los libros plúmbeos y de las supuestas reliquias de algunos santos descritos en ellos. El mismísimo papa Inocencio XI dictaminó, ya en 1682, que los libros plúmbeos eran un fraude, pero la jerarquía católica granadina durante cuatro siglos ha tratado de ocultar la falsificación y se ha resistido a admitir que las reliquias de los santos sean falsas, incluso falsificando otros libros plúmbeos siglo y medio después. A uno de los santos, San Cecilio, a partir de entonces se le nombró patrón de Granada y sus falsos restos todavía se veneran en el altar de la iglesia de la abadía del Sacromonte. Algo similar a lo que ha ocurrido con el santo sudario de Turín, que los científicos han demostrado que es falso, pero se continúa venerando. ¿Hasta cuándo se van a mantener este tipo de imposturas y fraudes religiosos?

EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA FALSIFICACIÓN

Tras la conquista del emirato de Granada por los Reyes Católicos en enero de 1492, los musulmanes granadinos firmaron una capitulación que les garantizaba la libertad de culto, su cultura y sus propiedades. Sin embargo, ese mismo año se decretó la expulsión de los judíos y la Inquisición que era fomentada por la Corona gozaba de mucho poder. En este contexto, pronto la jerarquía católica granadina comenzó a presionar a los musulmanes para que abandonaran su fe y su lengua, para convertirse al catolicismo, y a los conversos se les llamaba cristianos nuevos o moriscos. En 1499 el cardenal Cisneros llegó a Granada aumentando la presión sobre la comunidad musulmana y quemó públicamente las bibliotecas islámicas. Entre ellas destacaba la de la Madraza (antigua universidad granadina), lo cual provocó una primera revuelta en el barrio del Albaicín que fue aplastada y en 1501 se promulgó una pragmática que obligaba a todos los musulmanes del Reino de Castilla a elegir entre convertirse al catolicismo o el exilio.

En la comarca de las Alpujarras de Granada los moriscos era mayoritarios y durante bastantes años continuaron viviendo casi como antes de la caída del emirato. Para evitar esto, en 1567 se promulgó una pragmática prohibiendo su cultura y actividades, lo cual provocó que en 1568 los moriscos se sublevaran. Nombraron rey a Fernando de Valor, cuyo nombre musulmán era Muley Muhammad Aben Humeya, que era un hombre rico y carismático descendiente de la dinastía Omeya cordobesa. Esto desencadenó una guerra de dos años y medio de duración. Al inicio de la sublevación los moriscos mataron violentamente a clérigos, sacristanes y algunos cientos de cristianos viejos, que fueron considerados mártires. Juan de Austria al frente de los ejércitos imperiales venció a los moriscos en una sangrienta guerra de religión, que culminó con la deportación de miles de moriscos. Unos fueron vendidos como esclavos y otros enviados deportados fuera del antiguo reino de Granada en 1570. Muchos de ellos volvieron ilegalmente a Granada hacia 1580, lo cual dio lugar a que en 1584 se decretara una nueva expulsión. Los moriscos que sobrevivieron a la guerra y pudieron quedarse, porque se habían convertido al catolicismo y eran buenos artesanos o agricultores, estaban sometidos y amenazados. Si se sospechaba que practicaban la religión islámica, podían ser delatados a la inquisición, torturados y quemados por herejía. Así, en este represivo contexto histórico se falsificaron los libros plúmbeos.

Los investigadores tienen muy fundadas sospechas de que uno de los falsificadores fue Alonso del Castillo, que era un morisco traductor de documentos árabes para el rey Felipe II. También se sospecha de Miguel de Luna, que publicó un libro titulado: “Historia verdadera del rey don Rodrigo” con evidencias que coincidían con ciertos contenidos de los libros plúmbeos. Además, falsificó la santa cruz de Caravaca. Ahora bien, una falsificación tan voluminosa debió ser planeada y ejecutada por un grupo de cultos eruditos, al parecer los moriscos Núñez Muley o Granada Venegas, que se consideraban despreciados por sus contemporáneos cristianos viejos.



Láminas de plomo del Sacromonte con inscripciones en árabe y estrella de David (fotografía: <http://backdoorbroadcasting.net>).

EL HALLAZGO DE LOS LIBROS Y RELIQUIAS

En 1588, al demoler la vieja torre Turpiana de la mezquita mayor sobre la que se construyó la catedral de Granada, apareció entre los escombros una caja de plomo. Ésta contenía un pergamino escrito en árabe, castellano, latín y algunas letras intercaladas en caracteres griegos; así como una tablita con una imagen y un trozo de velo atribuido a la Virgen María. Además, contenía un hueso de dedo de San Esteban (primer mártir), que según el pergamino junto con San Cecilio eran santos cristianos pero de origen árabe. En el pergamino se contaba que el sacerdote Patricio, siendo discípulo del obispo Cecilio, éste le ordenó ocultar el contenido de la caja en un sitio seguro. También se relataba cómo Cecilio al regreso de Tierra Santa pasó por Atenas, donde le dieron la reliquia de San Esteban y el paño con el que la Virgen María se secó los ojos de lágrimas con sangre por la crucifixión de su hijo (actualmente venerado y custodiado en un relicario en El Escorial). Además, se profetizaba la victoria del cristianismo sobre el islam.

Entre 1594 y 1599 un supuesto buscador de tesoros encontró unas láminas de plomo, escritas en latín y en árabe, en unas cuevas del cerro Valparaíso, que pasó a llamarse Sacromonte. Las primeras láminas encontradas contaban el martirio de San Tesifón en tiempos de Nerón. En las excavaciones que ordenó el arzobispo se encontraron restos (huesos) y unas cenizas en un horno. Además, aparecieron muchas más placas que describían el martirio de San Cecilio, San Tesifón y San Hiscio, que habrían sido quemados por los romanos. En total se encontraron 233 láminas de plomo que se agrupan en 22 libros plúmbeos. Las láminas de plomo tienen unas inscripciones en un árabe arcaico para que pareciera una lengua árabe del siglo I. Estos libros relatan otras muchas historias que el arzobispo Pedro de Castro siempre consideró auténticas, basándose en las traducciones interesadas y en lo que él deseaba. Como los libros aparecieron mezclados con restos (huesos y cenizas) descritos como de mártires cristianos, el arzobispo organizó una Junta de Calificación

que en 1600 declaró que eran reliquias auténticas del siglo I.

Los textos de esas láminas relataban los orígenes cristianos de Granada, remontándose al origen del cristianismo cuando el apóstol Santiago vino a España, al parecer acompañado de tres discípulos de origen árabe: Cecilio, Hiscio y Tesifon. En los libros se cuenta que se alojaron en dichas cuevas durante 40 días y que ellos mismos escribieron algunas láminas que escondieron allí. Además, en otro libro de plomo titulado: “La verdad del Evangelio”, se contaba que la Virgen María se lo había entregado a Santiago para que lo trajera a tierras hispánicas, narrando que según María los árabes son una nación virtuosa, cuya lengua ha sido elegida por Dios para propagar la ley de Moisés y el Evangelio. Por otro lado, se hacía alusión a la inmaculada concepción de María con la frase “a María no la tocó el primer pecado”. Este libro convenció a los reyes Felipe II y Felipe III, que como el arzobispo Castro se convirtieron en defensores a ultranza del dogma de la virginidad de María, siendo este uno de los contenidos que más influencia tuvo fuera de Granada. Los falsificadores hicieron unos textos sincréticos entre cristianismo e islam, de tal forma que los moriscos fueran bien vistos, pero no pudieron evitar que en 1609 la Corona española decretara otra expulsión de los moriscos.

La traducción de los libros plúmbeos, a pesar de lo increí-

Las láminas de plomo tienen unas inscripciones en un árabe arcaico para que pareciera una lengua árabe del siglo I.

ble de mucho de lo que se narraba, creó bastante polémica, ya que eran ambiguos y se prestaban a la predisposición a favor o en contra del que los traducía. Sin embargo, el jesuita de origen morisco Ignacio de las Casas y el humanista Pere de València, entre otros, argumentaron que eran falsificaciones y avisaron tanto a la Corte como a la Inquisición, ya que las bases teológicas eran el Corán y otros textos islámicos. El padre Ignacio de las Casas comenzó siendo traductor y defensor de alguno de los libros, pero pronto pasó a ser crítico con el contenido de los libros y finalmente acabó como denunciante ante lo más alto del poder político y eclesiástico. El arzobispo Castro lo persiguió en vida y después lo estigmatizó falseando su biografía. En 1618 la Inquisición confiscó los documentos de Pere de València y la de otros miembros de su círculo y le prohibió criticar los libros plúmbeos. Recientes estudios como la tesis doctoral de Miguel José Hagerty (1983) concluyen que el contenido de los libros plúmbeos es popular y presentado en forma de catecismo sin una profundización teológica, lo cual confirma su origen islámico-morisco.

LA CREACIÓN DE LA ABADÍA DEL SACROMONTE

El arzobispo de Granada Pedro de Castro optó por considerarlos auténticos y dedicó todo su poder a defenderlos y conservarlos. Utilizó los libros para apoyar sus actividades contrarreformistas radicalizando su posición católica. Resultó así una paradoja, dado que el arzobispo hacía lo contrario de lo que los libros sugerían, paradoja de la cual parece que era consciente. Asimismo, fomentó el culto a las supuestas reliquias de mártires de los inicios del cristianismo, que la religiosidad de aquella época consideraba de un gran valor. Aprovechó el fervor popular para fundar la abadía, rehacer las cuevas y hacer un camino penitencial hasta el Sacromonte.

En 1600 comenzó la construcción de la colegiata, constituida por la iglesia y edificios adyacentes. Se estableció una fundación para la abadía, cuyo patrón era el rey de España, con un abad y 20 canónigos. Como en los libros aparecía la estrella de seis puntas formada por dos triángulos, llamada estrella de David o sello de Salomón, se adoptó como escudo de la abadía. Hasta finales del siglo XIX se continuó construyendo, dando lugar a un gran complejo constituido por la colegiata, la abadía y el seminario. Aquí se fundó uno de los primeros colegios privados de Europa, que funcionó como la primera universidad privada de España, en la que se estudiaba derecho, filosofía y teología. El Real Insigne y Pontificio Colegio del Sacromonte pasó a ser solo colegio de secundaria desde principios del siglo XX hasta 1976 en que se cerró definitivamente.

Las falsificaciones del Sacromonte han continuado defendiéndose hasta la actualidad por casi todos los abades y canónigos, a pesar de la condena del Papa.



Algunos de los libros plúmbeos y documentación asociada que están expuestos en el museo del Sacromonte (Foto: archivo).

Las cuevas se consideraron santas y también se les llama catacumbas. En la galería que hace de pasillo hay un horno donde supuestamente los mártires fueron quemados y se cerro con unas rejas. En las partes más anchas de las cuevas se hicieron varias capillas con una cúpula, que sobresale del terrero y se rodearon por un muro con almenas, que fue construido en 1598. En las capillas hay estatuas, crucifijos, altares y otros adornos. En una de las capillas se supone que el apóstol Santiago celebró la primera misa en España y se dice que aquí se le apareció la virgen por primera vez y no en Zaragoza. En otra capilla hay una gran piedra que supuestamente otorga la gracia de casarse dentro de ese mismo año a la mujer que la bese.

A lo largo del camino de subida al Sacromonte se erigieron cientos de cruces, de las cuales aún quedan cuatro de gran tamaño. Las cruces se comenzaron a erigir durante el mandato del arzobispo Castro, en el año 1633 los franciscanos organizaron un vía crucis que terminaba en una pequeña capilla dedicada al Santo Sepulcro, situada en la parte baja del Sacromonte. Así, se convirtió en un camino de penitencia y peregrinación, los creyentes oraban hasta el éxtasis, lo cual dio lugar a supuestos milagros y subjetivas curaciones de los más crédulos.

Las reliquias de los supuestos santos mártires se guardan en el retablo del altar mayor de la iglesia de la abadía, en urnas justo debajo de sus estatuas, a la izquierda San Hiscio y a la derecha San Cecilio, y más abajo hay otros relicarios con más cenizas de los mártires. El día 1 de febrero se celebra el día de San Cecilio, que desde que aparecieron los libros fue nombrado patrono de Granada, sustituyendo a San Gregorio de Ilíberis, también llamado San Gregorio Bético, que era el patrón desde la reconquista de Granada. La veneración y exposición de estas reliquias en vitrinas generó cuantiosos donativos. Los días próximos a la festividad de San Cecilio se exponen al público las reliquias y el domingo más cercano se organiza una romería a la abadía, que se convirtió así en un lugar de culto y peregrinación. En la capilla de la abadía también se venera el Cristo del Consuelo, siendo la sede de la cofradía que organiza la conocida procesión del Cristo de los Gitanos.

DECLARADOS FALSOS POR EL PAPA

El arzobispo Castro fue el más decidido defensor de los libros plúmbeos, pero el Vaticano sospechaba que eran falsos, intentaba que no fueran traducidos ni estudiados en España y los reclamaba. Desde la corte española también los reclamaban, pero el arzobispo logró mantenerlos durante bastante tiempo en Granada. El arzobispo Castro fue trasladado a Sevilla durante los últimos años de su vida, para evitar que continuara fomentando el asunto, ya que los libros despertaban sospechas entre la jerarquía católica, y murió en 1623. Antes de morir le concedió una licencia para estudiar los libros a Adán de Centurión, Marqués de Estepa, que logró la traducción al latín y al castellano por un equipo de moriscos, para probar la autenticidad de los libros y pasó a la historia como uno de los grandes partidarios.

La monarquía se interesó mucho por los libros plúmbeos, consiguiendo que fueran llevados a la Nunciatura de Madrid por orden de Felipe III. Así en 1631 se sacaron de la iglesia de la abadía, a pesar de que los canónigos se negaron a entregar la cuarta llave, que a ellos les correspondía y el depósito tuvo que ser forzado. Varios años después, el papa Urbano VIII amenazó de excomunión a Felipe IV y así logró que fueran enviados al Vaticano en 1642. Allí fueron examinados por especialistas, se terminaron de traducir al latín en 1665 y fueron finalmente declarados falsos por el papa Inocencio XI en 1682, tanto los libros plúmbeos como el pergamino de la torre Turpiana. Entonces fueron guardados y olvidados en el archivo secreto del Vaticano, pero en el ámbito de la abadía del Sacromonte se continuaron publicando artículos y libros, tratando de justificar el engaño y defendiendo la autenticidad de las reliquias de los supuestos mártires.

OTRO FRAUDE DE LIBROS PLUMBEOS

Otro fraude con libros plúmbeos se produjo siglo y medio después de que aparecieran los del Sacromonte y ambos han sido muy bien investigados por el catedrático de la Universidad de Granada, Manuel Barrios Aguilera, que en 2011 ha publicado un excelente libro de síntesis titulado *La invención de los libros plúmbeos. Fraude, historia y mito*. A mediados del siglo XVII, el clérigo Juan de Flores, había conseguido permiso para excavar en la Alcazaba Vieja del Albaicín, donde habían aparecido restos romanos. En 1754 empezaron a encontrar una serie de falsificaciones, tales como piedras con inscripciones latinas y otros muchos objetos. Entre estos destacaban unas láminas de plomo semejantes a las del Sacromonte, donde se hacía alusión a San Cecilio y a sus discípulos, a la Santísima Trinidad, a la Inmaculada Concepción, etcétera. Pero lo más curioso es que hacían referencia

Durante una reorganización del archivo secreto del Vaticano aparecieron los libros plúmbeos, y se decidió devolverlos al arzobispado de Granada en el año 2000.



Relicarios bajo las estatuas en el retablo de la abadía del Sacromonte, a la derecha el patrón de Granada San Cecilio (fotografía: J. J. Frijas).

directa a los libros plúmbeos del Sacromonte, apoyando y justificando las invenciones de 1588 a 1599.

Los hallazgos fraudulentos continuaron hasta 1763, coincidiendo con la muerte del canónigo presidente del Sacromonte, Luis Francisco de Viana, que había entregado a Flores: “memorias antiguas, diseños, caracteres e interpretaciones de las láminas árabes del Sacromonte proscritas por el señor Inocencio XI”, animándole a ejecutar las falsificaciones. Flores tenía un equipo de artesanos que escribían en diversos materiales las leyendas que él inventaba, así fabricaron láminas de plomo con escrituras de caracteres como los del Sacromonte, que envejecían artificialmente y enterraban para hallarlas durante las excavaciones.

El fraude fue denunciado por uno de los escribientes, Lorenzo Marín, que había participado en las falsificaciones y que al parecer tenía muchos remordimientos de conciencia. Entonces se detuvo a Juan de Flores y otros sospechosos, y se organizó un largo juicio del que se dictó sentencia en 1777. Los falsificadores fueron condenados a varios años de reclusión en instituciones eclesiásticas y después las penas se redujeron a la mitad. Se ordenó la destrucción y quema pública de los objetos hallados y se selló el sitio de las excavaciones. Uno de los condenados fue Cristóbal de Medina Conde, que era de ascendencia Expósito y con indicios de ser hijo del canónigo Viana. Otro de los condenados fue un antiguo colegial del Sacromonte, Juan Velázquez de Echeverría, acérrimo defensor de todos los libros plúmbeos, que era amigo y colaborador de Medina Conde. Otros probables cómplices, que no fueron condenados, eran los canónigos del Sacromonte, Joseph Miguel Moreno y Juan de Aragón, que al no poder defender las falsificaciones de la Alcazaba recién condenadas, se distinguieron por defender y no querer admitir las falsificaciones moriscas condenadas por el



Izquierda: Falsas reliquias ofrecidas por el arzobispo para ser besadas por el alcalde de Granada en 2011 (fotografía: <http://accionliturgica.blogspot.com.es>). Derecha: Edificios que constituyen la abadía del Sacromonte, en el borde derecho se observa parte de las catacumbas (fotografía: <http://ca.wikipedia.org>).



papa Inocencio XI. En definitiva, los autores intelectuales del fraude fueron un grupo de canónigos del Sacromonte, liderados por Viana y el ejecutor fue el clérigo Flores.

COLEGIO DEL SACROMONTE Y MUSEO ACTUAL

Las falsificaciones del Sacromonte han continuado defendiéndose hasta la actualidad, con más o menos intensidad, de una forma u otra, por casi todos los abades y canónigos, a pesar de la condena del Papa. Algunas anécdotas personales ilustran sobre el tipo de religiosidad que aún permanecía a mediados del siglo XX, después de casi cuatro siglos desde que se fundó la abadía. Desde comienzos del siglo XX los canónigos de la abadía tenían un colegio de enseñanza secundaria, llamado Real Insigne y Pontificio Colegio del Sacromonte, donde estudié todo el bachillerato y el curso preuniversitario. En octubre de 1960, a la edad de 10 años, ingresé interno en el colegio para iniciar el bachillerato. El primer curso nos daba clase de Lengua y Literatura un canónigo, Antonio Amposta, que era partidario de “la letra con sangre entra”, nos ponía de pie en un corro, se situaba en medio y por cada tiempo de verbo que no sabíamos nos daba 6 tortazos. Otro canónigo, Manuel Parra, tenía un “sobrino” que fue compañero y amigo mío durante el resto del bachillerato, sabíamos que era su hijo porque vivía con él en la abadía, se apellidaba Expósito y las “andanzas” del canónigo eran comentadas en el barrio.

En 1962 los canónigos alquilaron el colegio a un grupo de profesores seculares, ellos continuaron viviendo en la abadía y solo daban clase de religión. El más joven de los canónigos, Antonio Díaz de Federico, nos suspendió la asignatura de religión en junio a 22 de un curso de 30 alumnos. Era uno de los más duros, pero sin duda el más inteligente, ya que a los pocos años abandonó el sacerdocio y estudió ciencias geológicas. Acabamos siendo compañeros cuando hacíamos

Este fraude es uno más de las muchas falsificaciones de reliquias, de la invención de milagros y de la exageración o invención de biografías de los santos de la Iglesia Católica.

la tesis doctoral en la Universidad de Granada, se casó con una profesora de Petrología, llegó a profesor titular y se ha jubilado hace pocos años. El colegio del Sacromonte en muchos aspectos parecía un seminario, cuando ingresé ya no se utilizaba el uniforme tipo sotana, pero había misas, rosarios, ángelus, vía crucis, sabatinas, ejercicios espirituales, conferencias de misioneros, etcétera. Estas actividades eran obligatorias, aunque la presión se relajó bastante cuando el colegio lo comenzaron a dirigir el grupo de profesores seculares.

Los canónigos aún interpretaban la Biblia literalmente y me costaba imaginar cómo podían haber tantos animales en el arca de Noé; así como una serie de dogmas como el de la Inmaculada Concepción, que estaba muy presente en cuadros, estatuas e incluso en un monumento junto a las cuevas. Nunca se nos habló de todo este asunto de los libros plúmbeos, pero sí sobre las reliquias de San Cecilio y de su martirio en las catacumbas que visitábamos el día del patrón de Granada y cuando hacíamos ejercicios espirituales.

El abad en aquellos años era Zótico Royo Campos, que no impartía clases y estaba casi siempre recluido en su habitación. Desde el patio exterior los alumnos gritábamos: Don Zótico, Don Zótico, Don Zótico..., entonces se asomaba al balcón y nos echaba una estampita, que luchábamos por coger. Ahora he sabido que estaba concentrado escribiendo múltiples artículos y libros, al haber encontrado referencias de al menos 5 libros publicados entre 1951 y 1968. Sus escritos defienden apologeticamente los libros plúmbeos, la vida de Pedro de Castro, de San Cecilio y de los abades del Sacromonte. Los canónigos y abades recientes, en especial José Martín Palma y Juan Sánchez Ocaña, han insistido en lo que llaman el bucle metahistórico, artificio consistente en aceptar el engaño de los libros plúmbeos como un mito positivo, tratando de defender así la “dignidad y los valores sacromontanos”. El colegio se cerró en 1976 y en septiembre de 2000 un incendio destruyó parte del colegio nuevo. La abadía continúa abierta y en la actualidad hay siete canónigos eméritos y seis nuevos.

Finalmente, durante una reorganización del archivo secreto del Vaticano aparecieron los libros plúmbeos y el entonces cardenal Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI, decidió devolverlos al arzobispado de Granada en el año 2000, cuando era arzobispo el actual cardenal Cañizares. En el año 2010 se inauguró el renovado museo de la abadía del Sacromonte y desde entonces se exponían cuatro ejemplares junto con la documentación de su traslado al Vaticano. La restauración ha sido pagada por la Junta de Andalucía y por el Ayuntamiento

de Granada, es decir con parte de los impuestos de los andaluces y de los granadinos, la mayoría de los cuales ignoran o no creen en estas falsificaciones.

El museo y la iglesia de la abadía del Sacromonte se puede visitar pagando, la guía explica que los libros son un engaño que inventaron un grupo de moriscos para evitar su expulsión. Sin embargo, en las vitrinas se exponen unas copias de solo algunos libros y aparecen calificados como “la polémica de los libros plúmbeos”. La guía se excusa de que lo que se expone sean solo algunas copias, afirmando que el lugar es muy húmedo y se estaban estropeando. La guía explica que no se ha hecho datación arqueológica alguna sobre las reliquias, pero que son las verdaderas de los santos mártires. Estas falsas reliquias del patrón San Cecilio y otros supuestos mártires, todavía se veneran en el retablo sobre el altar de la iglesia de la abadía del Sacromonte. Los días próximos a la festividad de San Cecilio, como hemos podido comprobar este año 2012, se enseñan al público abriendo las puertas de los relicarios e incluso exponiendo uno de ellos para ser besado.

CONCLUSIONES

Desde que los libros plúmbeos fueron devueltos por el Vaticano, se han intensificado las investigaciones y los datos son muy concluyentes: tanto los libros plúmbeos como las reliquias descritas en ellos son un gran fraude. Según lo anteriormente expuesto y en palabras de Barrios Aguilera (2011), que sintetiza muy bien las conclusiones de estos imparciales investigadores, las reliquias también son falsas, ya que los libros “fueron escritos en función de las reliquias y las reliquias fueron puestas en función de los libros”.

Este fraude es uno más de las muchas falsificaciones de

reliquias, de la invención de milagros y de la exageración o invención de biografías de los santos de la Iglesia Católica. Todo esto se enmarca dentro del concepto teológico del “dolo pío”, en palabras menos crípticas se asemeja a lo que popularmente se llama “mentira piadosa”, lo cual ha sido utilizado estratégicamente por la jerarquía eclesiástica para mantener su poder e influencia en la sociedad.

En el caso de los libros y reliquias del Sacromonte, los últimos canónigos y abades han utilizado otro concepto aún más críptico, denominado el “bucle metahistórico”, consistente en aceptar por primera vez que existió el fraude, que se ha convertido en un mito, pero que este mito es positivo. Con esta estrategia se pretende minimizar el fraude, considerándolo “un mito revelador de una verdad más profunda que la misma verdad histórica”. Así tratan de justificar la fe y el espíritu sacromontano, intentando mantener una impostura que ya dura más de cuatro siglos.

En consecuencia, las autoridades de Granada no deberían seguir subvencionando la abadía y deberían cerrarla definitivamente. El actual arzobispo de Granada, el polémico Francisco Javier Martínez (véanse sus sensacionales declaraciones en Internet), debería pedir perdón al pueblo de Granada por el engaño a que todavía está sometido, informando a sus fieles de que las reliquias del patrón de Granada San Cecilio son tan falsas como los libros plúmbeos.

AGRADECIMIENTOS

Se agradece a los profesores Jorge J. Frías y a Juan Antonio Aguilera por las informaciones sobre el estado actual, por las fotos de la iglesia y por sus interesantes sugerencias. Además, se agradece a la historiadora Antonia de Oñate, al doctor Luis Góngora y al periodista Miguel Bayón por las revisiones que han permitido mejorar el artículo.

Museo de la Ciencia de Valladolid

Horarios
De martes a viernes:
de 10,00 a 18,00 h
Sábados y festivos:
de 10,00 a 19,00 h
Domingos:
de 10,00 a 15,00 h
Lunes cerrado, excepto festivos

www.museocienciavalladolid.es
Avenida Salamanca, 59, 47014
Tlf: 983 144 300

¡Ciencia a la vista!

Logo of Valladolid Ayuntamiento de Valladolid Museo de la Ciencia